

## ¿Quieres aprender a jugar?

### III

- ¡¿Quién me agarró la tapa de la olla otra vez?!

Tras la ráfaga de la voz de la madre se hizo el ruido de un volante de acero, deforme y aviejado que giraba sobre una tabla de madera. Dos manos pequeñas lo soltaron asustadas - súbitamente arrastradas del mundo de la imaginación- para poder echarse a correr y esconderse en este, el mundo de los tristes.

- Ay, hijo, ay, hijo, por favor ya no más.

Dos manos exhaustas agarraron la tapa que terminaba de tambalearse, como movida por un fantasma, sobre la tabla de la mesa de coser del padre, un sastre aficionado. El *por favor* de la Madre no acompañaba una petición, era el disfraz de una advertencia. Desde debajo de la cama los ojos del niño siguieron el movimiento de ese brazo certero que se llevó su volante con determinación hacia la calle.

Tampoco en esas manos agrietadas aquel objeto era en realidad la tapa de una olla: era un abanico cuyo aliento exasperado -como exasperado era el llanto de la madre en las noches de hambre y de incertidumbre-, iluminaba las brasas del carbón que asaba las arepas en la noche. Con la esperanza en el milagro de una buena venta, la madre murmuraba una plegaria y agitaba la tapa de la olla.

### II

Mi cielo favorito está hecho de unas piedras negras dispuestas en desorden en un asador. Cuando la noche se termina de tragar en un bostezo la luz del sol pálido y Mamá mueve rápido, arriba y abajo, un mágico abanico azul de acero, surgen constelaciones naranjas de esa nada oscura. Resplandecen y brillan con la fuerza y la resistencia de sus brazos. Así que para ver el cielo nocturno no necesito mirar arriba: solo observo esas estrellas intermitentes en las brasas. Y también espero con ansias sus lunas: esos discos de maíz blanco con cráteres marrones de todas las formas. No importa el hambre, yo no las como porque las lunas no son de comer. Varias veces he intentado encender las estrellas, pero solo el aliento de mamá logra que el abanico les sople su vida. Dios ha de ser como ella.

Mi auto es una tabla de madera y cuatro patas de acero (¿Tiene patas? ¿Entonces puede ser también un caballo de lomo caoba?). La tapa azul de una olla vieja es mi volante. El cinturón lo inventa mi cuerpo: el brazo derecho lo agarra y hala desde el hombro opuesto y la lengua hace el clic tranquilizador con un golpecito contra el paladar: ¡chic! Acelerador y freno los ingenian mis pies que se mueven según la necesidad de mis carreteras caprichosas: si por la llanura, voy rápido por esa carretera sin fin -como la describe Papá-; si por la montaña, freno en cada curva, cuidadoso del abismo que observo de reojo, con un poco de miedo -como el miedo que disimula Papá-; si frente al mar, voy despacio para sentir su brisa cariñosa en las mejillas y escuchar la poderosa voz de costa de una vendedora en la playa -dice Papá que nadie puede imitar esa voz-.

## I

El ruido de los pasos del padre que regresa interrumpió el viaje. Su compás creciente crispó el pequeño corazón y los pies que simulaban el control de unos pedales fueron halados hacia este suelo que no se mueve, sin llanura ni montaña ni mar. Tensos, temen la inminencia de una conversación que inicia siempre con un silencio demasiado largo. “Usted nunca regresa de sus viajes. Estando aquí, está allá, perdido, ausente. ¿Para qué finge interés en volver?”, gritó la madre la última vez. Justo antes de que se desgarrara el silencio otra vez, el niño cubrió sus orejas con las manos y corrió a su habitación. Allí, frente al espejo, ya no oyó gritos. Sonriendo me preguntó si quería aprender a jugar.